



LIBROS

BRAMBULLA, S. I. David y VERGARA, S. I., José *Gramática rarámuri*. Buena Prensa, México, págs. 648, tamaño 23 y 17 cms.

Es una descripción suficientemente completa del rico y flexible idioma rarámuri hablado por los tarahumares, México. Rico, sí, pues no hay que poner la riqueza de una lengua sobre todo en su vocabulario que es de vaivén y puede ser sustituido totalmente en el correr de los siglos sin que se altere su genio, como dijo ya el P. Larramendi. Los modos generales de decir, su composición y derivación, su sintaxis, son el oro de la expresión de cada idioma; el vocabulario constituye, por decirlo así, su moneda de cambio.

La pauta latina que adoptan los autores no es impedimento para hacer resaltar las particularidades de este idioma dentro de las categorías tradicionales que son casi las mismas en todo lenguaje humano.

En el capítulo dedicado a la pronunciación, dificultad que la letra C atravesada de arriba abajo por una barra se interprete bien por la *ts* y no por la *tz*, pues desde la Argentina hasta Guatemala inclusive no he advertido la letra simple *s*, al menos la reversa, sino otra que se parece mucha más a la *z*. Si los misioneros anteriores usaron esta última, la transcripción es incompleta, pero quizá parcialmente más acertada. A los mejicanos de la región que hablan castellano tampoco les he sorprendido la pronunciación primera.

Al tratar de la acentuación no se especifica que clase de acento es el rarámuri, si de intensidad como el moderno, o de mera tonalidad como el antiguo. Sería muy interesante para los que se dedican a la fonética experimental. Palabras ultraesdrújulas que atrasan su acento hasta la sexta sílaba me están diciendo que si en español una esdrújula hace perder mucho el peso fonético de las dos siguientes, sobre todo de la última, que a distancia deja de oírse, en rarámuri tiene que ocurrir eso mucho más si el acento es intensivo. Si por el contrario, las últimas sílabas se perciben aun a bastante distancia, señal de que su acento no es intensivo. Convenía verificarlo con el aparato fonético.

Sin hablar del vocabulario en que no encuentro parecido a mi idioma, salvo en *ne*, *neje* (rarám.) *ni*, *nere* (vasc.), yo y mío respectivamente, y la exclamación en asombro *ne* (rarám.) *ene* (vasc.) encuentro en ambas gramáticas puntos importantes de contacto. En los nombres de parentesco familiar, así como en vasco son distintos los nombres hermano y hermana si se refieren a personas del mismo sexo o el otro en rarámuri además lo son los nombres padre, madre, abuelo y abuela.

"El adjetivo que acompaña a su sustantivo, normalmente no se declina" (pág. 29) como ni en vasco; "el pronombre posesivo es el simple genitivo de los pronombres personales" (pág. 54.. Lo mismo en vasco.

Aunque el verbo rarámuri tiene muchos primores y está desarrollado en sentido diverso que el nuestro, "en rarámuri —y en vasco, añadido— los complementos dativo y acusativo se incorporan por medio de sufijos —y de infijos— al verbo mismo, dando así origen a un verbo derivado" (pág. 176)

Los verbos factitivos que los AA. llaman causativos, (pág. 189) son de idéntico tipo al nuestro. "Los verbos de existencia" del rarámuri (pág. 205) se forman con el sufijo —rema; en vasco se conjugan con el prefijo—ba. Verbos adjetivales (pág. 208), sustantivales (pág. 213), lo mismo además de los adverbiales que no se exponen en rarámuri, no deja de haberlos en vasco por derivación, pues toda parte de la oración es conjugable, o directamente o intercalando otro sufijo. Sólo se exceptúan las conjugaciones e interjecciones, aunque también en estas últimas hay casos de verbificación.

En la sintaxis se examina con todo lujo la parte referente al régimen y construcción, pero hallo un vacío en el orden o colocación de palabras "*ordre des mots*". Es lo que más me interesaba de toda la Gramática. Allí en mis años mozos revolví una especie de Gramática tarahumara, no tan documentada como ésta, ni mucho menos, pero por los fragmentos que intercalaba adquirí más idea de la sintaxis que en ésta. Hubiera estado bien para mí un breve vocabulario al principio de cada artículo para darme cuenta por mí mismo, o mejor, para no tomarme la molestia de aprender, numerar correlativamente las palabras del castellano.

Otra laguna que se advierte es lo referente a la composición gramatical. Bien hacen los AA. en notar que "el capítulo dedicado a la composición de los verbos es "un somero

apunte" (pág. 632). Habían ya dicho en la pág. 585: "A reserva de un estudio posterior más completo, anticipamos estas notas". Pues, que venga ese estudio cuanto antes

"Sorprendente" llaman los AA. al hecho de que el rarámuri carezca de numerales ordinales. Lo es si se atiende a la riqueza general de su Gramática. Por lo demás lenguas tan cultivadas como el español y el francés carecen de sistema completo popular para explicar el orden en el número. Los sufijos latinos no acaban de cuajar ni en el lenguaje literario. Los franceses siguen diciendo *Philippe trois* y *Henri quatre*; los españoles Pío diez, once, doce, Alfonso doce, trece. Sería chocante decir en estas lenguas *Philippe le troisième*, *Henri le quatrième*. Acaban de elegir Papa al Cardenal Ratti que a sí mismo se impuso el nombre de Pío undécimo. Así fué el primero en anunciarlo en un pueblecito de Burgos un Señor que por allí pasaba; pero otro que llegó después les dijo que era Pío once. Aquí fué el conflicto: "Pues, no señor, Fulano ha dicho que es Pío undécimo".

Lo que sí puede sorprender al que lea esta Gramática que en ella no se haga ni mención de diminutivos y aumentativos. Sin embargo, en la interpretación exacta o equivalente de los adverbios, aparece en la traducción española las palabras "arribita", abajito, ladito, poquito, tantito, despacito, todititas, por favorcito". En los adverbios de tiempo no he visto el ahorita, ahoritita. Cosa rara!

El trabajo de los PP. Brambilla y Vergara es muy cuidadoso y una buena aportación no solo al estudio del rarámuri, sino también a la lingüística general.

N. O.

FERNANDEZ S. I., Casto. *La gracia según San León el Grande*. Editorial Buena Prensa, México; 220 págs., tamaño 23 X 16 cms.

Contra lo que su autor modestamente llama "tesis, esbozo incompleto, estudio deficiente" (Conclusión), este trabajo merece más bien llamarse verdadera monografía acerca de la doctrina de la gracia, expuesta por el gran Papa en sus Sermones y Cartas. Realmente, después de haberlos recorrido con el cuidado que supone esta tesis, no se ve cuánto más de sustancial se pueda decir acerca de un autor que no dejó escritos tratados, sino que, conforme la ocasión se le iba presentando, expuso la doctrina que en la tradición había aprendido.

En cinco capítulos estudia el P. Fernández las cuestiones previas — creación y elevación, salvación, libertad, voluntad salvífica universal — para pasar en los siete restantes a la gracia, la justificación y el mérito.

Con abundancia de textos clarísimos va demostrando el disertante sus asertos, supliendo así lo que él llama "descuido extraordinario" de los autores de Patrología en estudiar detenidamente la teología leonina de la gracia. (Introd. 9).

Tiene esta obra la ventaja, para el que entienda el latín, de intercalar completos los textos de pasajes comprobatorios que a veces pasan de media página. Causa singular placer la lectura de esos fragmentos del Inmortal Pontífice, cuya serena majestad de estilo ha sido tan justamente ponderada.

N. O.

XIMENEZ DE SANDOVAL, FELIPE.
"*Un mundo en una celda*" (Sor

María de Agreda). Ediciones Studium de Cultura. Madrid 1951. (19,5 13,5 cms. 192 págs.)

Este es uno de los muchos y valiosos libros de Felipe Ximénez de Sandoval, escritor tan conocido como prestigioso. Pero es sin duda el que más afirma su bien conquistada fama de literato consumado, tanto que de no tener crédito en las letras, anterior a este escrito, él solo se lo hubiese merecido.

Aunque el autor en este libro se ha ceñido con gran escrupulosidad a la verdad histórica, sin embargo sus grandes cualidades, ya mencionadas, se desenvuelven con naturalidad. Se nos da a conocer en esta obra la vida de la venerable Sor María de Agreda, la monja que, a pesar de estar retirada del mundo, desde muy joven, conocía las apariencias y engaños del mundo mejor que muchos hábiles políticos. En ella se conflagró Felipe IV tanto para los asuntos de su alma como para los de su vasto imperio, en el que el sol comenzaba ya a ponerse. Encontró el rey castellano en María de Agreda no sólo el cariño más puro y santo — como el de una madre —, sino los consejos del más consumado estadista.

Es obra apologética en que se intenta dar a conocer esta enamorada de Dios, tal cual ella fué, y disipar así todos los falsos prejuicios que se han formado alrededor de su persona.

La presentación es digna de toda alabanza, como casi todas las presentadas por la editorial Studium; en este libro aparecen varias ilustraciones fotográficas que acrecientan su valor externo, pues del interno ya dimos nuestro parecer.

H. R. M.